

no se haría solidario después, afirma Acevedo, de esa explicación, y destaca que por su parte Paulino Garagorri advierte que “el concepto «valor» fue desechado por Ortega en la exposición de su filosofía”. No obstante, destaca Acevedo asuntos importantes del artículo que merecen ser atendidos de manera crítico-constructiva, como sus referencias a la perspectiva estimativa. Con todo, las clásicas polaridades entre valores positivos y negativos, superiores e inferiores, etc., con que se pretende encasillar férrea y dogmáticamente la inaprensible realidad, y que han dado y dan lugar a los distintos partidos y a tantos enfrentamientos, no pueden ser asunto menos orteguiano. Pues si algo subyace como latido constante en cada página de la obra de Ortega es su veracidad o fidelidad a la realidad, por sí cambiante, contradictoria, incierta, en estrecha dependencia de su circunstancia, a la vez también cambiante y contradictoria. De ahí que la obra de Ortega, al ser por excelencia integradora incluso de opues-

tos, no sea con facilidad entendida, pues requiere de lectores maduros, capaces de asumir un grado alto de incertidumbre y de paradoja. El lector que busque clasificaciones, departamentos y fórmulas con que colocar, dividir y cerrarse a una parte “buena”, “valiosa”, de la realidad, desestimando la otra parte “mala” o “no valiosa”, no va a encontrar satisfacción en una obra como la de Ortega que se despliega sin temor de estar, como la realidad misma, abierta por los cuatro costados a lo uno y a lo otro.

Con todo, destaca el autor que Ortega resalta, frente a toda la tradición filosófica que contrapone lo metafísico a lo histórico, que los asuntos metafísicos no son contrarios a la historicidad, sino que ambos aspectos están integrados en lo humano.

Es el libro del profesor Acevedo el libro de un filósofo pensando junto a otro filósofo, sin pretender juzgar ni etiquetar estérilmente el uno al otro, sino disfrutar, al pensar juntos, lo que significa vivir humanamente.

SOBRE LOS MAESTROS Y AMIGOS DE JULIÁN MARÍAS. UNA NOTA

GARCÍA NORRO, Juan José (coord.): *Julián Marías: maestros y amigos*. Madrid: Escolar y Mayo, 2015, 170 p.

HELIO CARPINTERO
ORCID: 0000-0003-2759-1704

Se ha presentado en la Fundación Ortega-Marañón un interesante libro, *Julián Marías: maestros y amigos* (Madrid, Escolar y Mayo eds., 2015), coordinado por el Dr. Juan José

García Norro, que reúne una serie de charlas y trabajos en torno a ese tema, organizados por la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid el pasado año. En el acto de presentación, coordinado por el Dr. Javier Zamora, han intervenido los doctores García Norro, Jaime de Salas, catedrático de Filosofía, y Rafael Orden, decano, todos ellos de la mencionada Facultad, junto con el autor de esta nota.

Cómo citar este artículo:

Carpintero, H. (2016). Sobre los maestros y amigos de Julián Marías. Una nota. Revisión de “Julián Marías: maestros y amigos”. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (33), 235-239.
<https://doi.org/10.63487/reo.324>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 33. 2016
noviembre-abril

Debo decir que yo mismo participé en esas jornadas, aunque luego por diversos avatares no pude incorporar mi trabajo al volumen. Pero me alegra de veras que el homenaje se haya hecho en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, en donde hace unos años se consiguió crear un Seminario sobre la Escuela de Madrid. Con ello se buscaba fomentar el estudio de autores como Marías o Rodríguez Huéscar, y por supuesto Ortega, figuras históricamente ligadas a ese centro, y donde ahora se mantiene activo un grupo de estudiosos del tema.

Es sabido que la historia de la relación de esa Facultad con Marías no ha sido muy plácida en el pasado, y que circunstancias claramente políticas condujeron a que en ella se silenciara su premio extraordinario de licenciatura, primero (octubre 1939), y se le suspendiera luego la tesis en enero de 1942, pero también es cierto que en años posteriores personas como el entonces decano Francisco Javier Sánchez Cantón buscaron reparar el desacuerdo anterior, doctorándose al fin en 1951, y Marías luego, en varias ocasiones, volvió a aquella Casa, a cuya historia se sentía tan ligado desde los tiempos del decano García Morente, y donde él mismo fue estudiante durante los años de la 2ª República.

Marías vivió casi toda su vida ajeno a la Universidad española, y sólo en 1980 pudo al fin tener una cátedra en España, por obra del Gobierno democrático de Adolfo Suárez, y de la política que llevó a cabo el recientemente desaparecido Luis González Seara, quien, en su etapa de ministro de Educación, quiso llevar a

cabo una recuperación de figuras antes rechazadas por la institución universitaria debido a una censura gubernamental. Así pudo durante cuatro años (1980-84) ser catedrático en la UNED, en donde tuvo cursos, pero no alumnos presenciales, que luego se convirtieron en cursos abiertos del Instituto de España, gracias a la idea de Fernando Chueca, entonces presidente de dicha institución. Esto le permitió desarrollar su pensamiento en cursos de larga duración, alguno de los cuales se publicaría más tarde, y atrajo a amplios grupos de oyentes, verdaderos alumnos, que prestaron un gran apoyo emocional y amistoso al filósofo en la etapa final de su vida.

Y es el caso que para Marías, la vida intelectual tenía sentido como vida interpersonal, como colaboración y magisterio, pero sin embargo, la suya en España, durante muchos años, estuvo limitada por lo general a las conferencias ocasionales, y desde 1951 abierta también a las tribunas de los periódicos. Semejante limitación estuvo sólo compensada gracias a una estrecha relación con alumnos en sus continuos cursos en Universidades en los Estados Unidos, y también en los grupos que algunas de ellas mantuvieron abiertos en Madrid. Es la situación que solía a veces describir como la de un “escritor español y profesor americano”.

Marías pasó media vida defendiendo a sus maestros, y luego, aportando su saber a sus lectores y discípulos. Como persona de creencias religiosas, de un catolicismo auténtico, no dudó en estudiar y valorar la obra de Unamuno, sobre el que publicó el primer estudio positivo y analítico que apareció en

España, en 1943 (lo que no impidió que años más tarde lo condenara el obispo de Canarias Dr. Pildain como “hereje máximo y maestro de herejías”, y que la Iglesia Católica pusiera dos de sus libros en el “Índice de Libros Prohibidos”). Luego, en los años 50, otros eclesiásticos conservadores volvieron a la brega, con tres sacerdotes a los que hizo frente Marías con un pormenorizado y demoledor estudio en su libro *Ortega y tres antípodas* (1950), por cierto editado en “Revista de Occidente Argentina”, y con el P. Santiago Ramírez, empeñado en combatir a Ortega y al “orteguismo católico” (1958, 1959) en libros que fueron enérgicamente rechazados por obra de Pedro Laín, José Luis Aranguren y el propio Marías. Éste, además, denunció en un artículo de gran impacto sobre “Dios y el César” (hoy en *Ensayos de convivencia*) una deliberada deformación de la figura intelectual de su maestro Manuel García Morente, en 1953, procedente también del mismo grupo conservador católico. De manera que, durante años, Marías y algunos otros hubieron de combinar sus personales creencias con un enfrentamiento ante el nacionalcatolicismo dominante en el país.

Marías se pasó toda su vida creyendo que el intelectual y el maestro, tienen una función social que cumplir, función que no dramatizaba, y que en algunas ocasiones describió con su poquito de ironía, cuando decía: “Maestro es la persona que precede tres horas al alumno en el camino de la ciencia”. Él mismo, que tras la guerra vio suspendida su tesis, como he dicho, hubo de esforzarse para sobrevivir, y enseñó en academias

de preparación de ingenieros, y luego en su academia “Aula Nueva”, en unos años de posguerra en que, como otros muchos colegas y amigos alejados de la España oficial, debían luchar para combinar la enseñanza con la creación de una obra intelectual rigurosa.

Este libro recorre buena parte de los maestros y amigos que enriquecieron su vida, con trabajos que tienen finas informaciones y análisis. No podían faltar los nombres de Ortega, Unamuno, Morente... No podía faltar la Facultad de aquellos años. También hay nombres imprescindibles, como el de su mujer Lolita Franco, que Marías describió en ocasiones como un caso de injerto del amor en una previa amistad intersexual que habría precedido a éste. Lo hacen junto a García Norro, Salas y Orden, ya mencionados, otros buenos conocedores de la figura del filósofo madrileño, Rogelio Rovira, Juan Padilla, Armando Savignano, Enrique Lafuente, Juana Sánchez-Gey, Olegario González de Cardedal, Nieves Gómez y Ana Rodríguez de Agüero. El libro se cierra con la traducción de un escrito de Marías sobre “La muerte del cónyuge”, dramáticas páginas aparecidas en un libro francés, de C. Chabanis en 1982.

Hay algunos elementos que, tal vez, podrían añadirse a la lista de maestros y amigos para tratar de hacerla más completa.

Hay nombres del entorno de estudiantes de la Facultad de Morente, que tal vez deberían encontrar aquí un lugar. Las amigas de la Facultad de Morente, como es sabido –con Soledad Ortega, la propia Lolita Franco, la helenista María Araujo, etc.– promovieron y apoyaron

sus primeras lecciones en la Residencia de Señoritas, de donde al cabo saldría la base para su *Historia de la Filosofía* en 1941.

Y de aquel mismo entorno, el nombre de Antonio Rodríguez Huéscar, el otro gran discípulo y estudioso de Ortega, tiene derecho propio a un espacio de reflexión y examen, como lo tiene también José Gaos, persona igualmente ligada a la Facultad de los años 30, y con estrecha relación profesoral y amistosa con Marías.

Hay un círculo de amistades que habría de ir al hilo de las relaciones con Ortega. Ahí, además de Huéscar, ya mencionado, habría que incluir el nombre de Paulino Garagorri, alumno de Marías en Aula Nueva si no recuerdo mal y luego gran editor del Ortega póstumo, y también alguna de las figuras sobresalientes en Hispanoamérica como Jaime Benítez, con su proyecto de “universidad orteguiana” en Puerto Rico, empresa tan esencial en la vida de Marías.

Y no puedo olvidar que, ya en su madurez, Marías encontró y disfrutó del apoyo de dos núcleos amistosos de importancia: uno el relativo al Seminario de Humanidades que él mismo dirigió, en la Sociedad de Estudios y Publicaciones, con apoyo de la Fundación Ford, en los años 1960-1970 (con Pedro Laín, José Luis L. Aranguren, Enrique Lafuente Ferrari, Rafael Lapesa y Melchor Fernández Almagro, y otros más jóvenes miembros del mismo, entre los que por fortuna me cuento), y otro el relativo a la Fundación de Estudios Sociológicos FUNDES, y su revista *Cuenta y Razón* (con Rafael

Anson, Javier Tusell, Leticia Escardó, y tantos más) a los que Marías prestó su aliento hasta el final de su vida.

En un estudio sobre “amigos”, habría que recordar la página negra que escribió, con su denuncia tras la guerra civil, uno de sus amigos juveniles, Carlos Alonso del Real, (1914-1993), catedrático de Prehistoria muchos años en Santiago de Compostela. Este nombre figuraba con Marías y Manuel Granell en el libro sobre el Crucero del Mediterráneo de 1933, *Juventud en el Mundo Antiguo*, 1934, antes de que sobreviniera aquella ruptura (bien contada, por cierto, por Javier Marías en *Tu rostro, mañana*). Su delación hubo de ir acompañada por otro “denunciante”, Julio Martínez Santaolaya, también catedrático de Prehistoria en Madrid y luego en Zaragoza, cuyo escrito de delación de Marías –y de otros ocho compañeros más– cabe en el espacio de un folio que rezuma un sentimiento amargo y triste, como toda denuncia política suele tener.

Este libro contiene otros trabajos de interés sobre la obra de Marías y la literatura, el cristianismo y el problema de Dios.

A través de su lectura, se ve cómo varios de los estudios recientes dedicados a nuestro filósofo tienden a ir trazando una serie de líneas que establecen una relación “persona-persona”, entre sus autores y Marías. La red que así se va formando, si bien evidencia la diversidad y amplitud de su influencia, no permite detectar, mediante los habituales análisis de redes de citas hoy tan usuales en estudios bibliográficos, la existencia de una red de referencias que pudiera indicar la efectiva existencia de un

“grupo de discípulos”, más o menos unido en forma de “escuela”, que estuviera dando soporte a una red semejante. Cada trabajo parece ser el resultado de un esfuerzo personal, individual, por entrar en la obra de Marías a cuerpo limpio, en busca de claridades personales, sin que cuenten demasiado los trabajos de otros posibles colegas.

La obra de Marías, ciertamente, tiene una riqueza temática y conceptual extraordinaria, pero hay que desear que, para que dé todos sus posibles frutos, los estudiosos de la misma vayan tejiendo la red de estudios y citas que a la postre da

cuerpo al perfil de un magisterio, al tiempo que va conectando la figura del maestro con nuevos resultados que hacen progresar su pensamiento.

Marías recordaba siempre que Ortega incitaba a sus alumnos, con una punzante invitación: “siga usted pensando”.

Por la calidad, y el interés de este pensador, que se evidencia sin ningún género de duda en un libro como el que aquí se menciona, parece que habría que decir, al término de su lectura: ¡¡¡sigamos pensando!!!

IDEAS DE FILOSOFÍA EN LA ESCUELA DE MADRID

RAMÍREZ VOSS, Jesús: *La generación decisiva. La idea de filosofía en la Escuela de Madrid. Primera parte (1914-1936)*, prólogo de José Lasaga Medina. Madrid: Ediciones Xorki, 2016, 273 p.

ALFONSO GARCÍA NUÑO
ORCID: 0009-0007-4597-0819

Jesús Ramírez Voss, además de ser miembro del Seminario de Investigación de la Fundación Zubiri, imparte cursos sobre Pensamiento Español Contemporáneo en la UNED con el profesor Jacinto Rivera; de dicho magisterio es fruto el presente libro. Entre sus publicaciones, además de sus artículos, especialmente sobre Zubiri, hay que hacer mención a su libro *Realidad, Ciencia, Filosofía* (2007).

Tras el jugoso “Prólogo” (pp. 13-19) de José Lasaga Medina, en la “Introducción” (pp. 21-34), el autor, tras de-

cirnos que el objetivo de su trabajo es “poner en claro qué *idea de filosofía* cabe establecer entre las diferentes obras de José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri y María Zambrano” (p. 21), no se deja llevar por el pesimismo, pese a constatar que “ni en España ni en el resto de Europa contamos hoy con una filosofía vigente, pero tampoco contamos con vigencia alguna de la Filosofía” (p. 27), y señala que “queremos una filosofía que acepte su destino. (...) Es forzoso, ineludible, un nuevo comienzo. (...) Hemos de poner en marcha una clara *idea de filosofía* en general, pero singularmente de una clara *idea de filosofía* pensada y escrita en español” (p. 26).

El contenido del libro está distribuido en dos partes. La primera de ellas abarca desde 1910, año en que Ortega gana su cátedra de metafísica, hasta 1929, y lleva por título “La energía de las ideas”

Cómo citar este artículo:

García Nuño, A. (2016). Ideas de filosofía en la Escuela de Madrid. Reseña de “La generación decisiva. La idea de filosofía en la Escuela de Madrid. Primera parte (1914-1936)” de Jesús Ramírez Voss. *Revista de Estudios Orteguianos*, (33), 239-243.
<https://doi.org/10.63487/reo.325>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 33. 2016
noviembre-abril